

vivamente el agua á derecha é izquierda, y de á la *balza* un rápido movimiento en sentido contrario. Las *balzas* llevan un peso muy considerable, y su poca cala en el agua les permite atravesar la resaca sin dificultad. Melancólicamente agrupados en estas embarcaciones de color de cobre, y por primera vez los cholos del Perú. Nuestro navío había echado el ancla á vista de Iquica, donde debíamos pasar un día; pero en mi impaciencia por bajar á tierra, me confíe á aquellos estrafaleros bafeleros, que me dejaron en una orilla mas seca de la que yo esperaba. Iquica es un pequeño puerto peruano situado al Sud de Lima; la ciudad, situada en un arenal muy fino, se destaca apenas sobre el fondo ceniciento de las altas montañas que la coronan desde el horizonte al Este. Hacía un calor horrible, y parecía que todo aquel triste paisaje temblaba como si hubiese sido separado por una capa incandescente; y el grano que cubre con su manto de nieve las rocas negras de la orilla, formaba un singular contraste con estas tierras calientes. Esta muestra de las ciudades del litoral dice bastante lo que deben ser las cabañas indianas medio enterradas en la arena al pié de los áridos senderos de la cordillera, y separadas de las tierras fértiles por veinte ó cuarenta leguas de desierto.

La ciudad de Iquica estaba atemorizada. Acababa de ocurrir un movimiento militar, y el *enganche* se había llevado todos los hombres en estado de manejar armas. Una media docena de soldados *cholos* á quienes había comprado un jefe de partido que había desembarcado la víspera, formaban la guarnición. Su uniforme consistía en un frac gris con valetas verdes, y un pantalón de tela, y llevaban una especie de chacós ó gorros de tela blanca, con un lazo de cinta verde.

El ejército peruano se compone casi en su totalidad de gentes de color que, á falta de noble vocación, se ven obligados á seguir las banderas por el *enganche* forzoso, reclutamiento muy usado en aquel país. Reciben una paga, que si no es fantástica, es por lo menos muy rara; un equipo miserable, y se ven sometidos á un régimen alimenticio que solo puede sufrir su sobriedad. Las mujeres de los recientemente alistados se llevan los hijos y aun los utensilios de sus casas, y les siguen de este modo á las guarniciones y aun á las campañas. Así es que la marcha de un ejército peruano tiene el aspecto de aquellas tribus primitivas que iban en busca de otro territorio. Aquellas mujeres de regimiento, las *rahonas*, como las llaman en el Perú, desisten al soldado, por un lazo que aunque ilegítimo, muchas veces no es menos sólido; soportan sus brutalidades y participan de sus trabajos y miserias, sin probar nunca la comida que con tanto trabajo se han procurado; pero algunas veces su rudo compañero para que hace justicia á sus cuidados pagándoles con galantes atenciones. La escóla de las *rahonas* es una garantía contra la desertion. Un soldado que puede llevar en su compañía la mujer que aprecia, no se ve alarmado por el deseo de ir á reunirse con ella. Desgraciadamente las dulzuras que proporciona á la vida de los campamentos la compañía de las *rahonas* no mitiga el disgusto del soldado por el triste oficio que se le impone. Por esta razón un ejército peruano cuenta siempre en sus filas un gran número de individuos prontos á desertar á la primera ocasión. Un día de acción es muy favorable á sus designios. Desde que empieza el tiro, ó tiro de cañon como siempre, empieza el desorden en aquellas bandas indisciplinadas, los partidos enemigos se acercan, la confusion y el tumulto aumentan, y los fugitivos se aporvechan de ella, desembarazándose de sus armas y municiones y volviendo á que antiguos hábitos. Particularmente en estas refriegas de guerra civil es donde se ve el espíritu militar conformándose con los pacíficos instintos del carácter nacional. El campo de batalla pertenece por lo general al partido que se atreve á tener la ambición de adelantarse para ver si los golpes han sido en vano. Apenas llega á ser seria la animosidad de los combatientes. Saben muy bien que sirven de instrumentos á ambiciones mezquinas ó á arrebatos de aturridos, y no arriesgan su vida por estas locuras. Una batalla en la que una docena de guerreros han *mordido el polvo*, contribuye á que el partido victorioso entone himnos de triunfo; después fraterniza con los vencidos, que vienen siempre á engruesar sus filas. Aquí se trata, como ya he dicho, de las refriegas de las guerras civiles tan frecuentes en el Perú. Las gentes de color que en las gloriosas luchas de la independencia se han manifestado animosos, infatigables y sobrios, volverán á disfrutar de estas virtudes del soldado, para emplearlas en beneficio de una causa verdaderamente nacional.

Si se quiere conocer, bajo un aspecto mas curioso, el carácter de las gentes de medio pelo, es preciso seguirlos en las fiestas populares. La flojedad y la apatía que les son habituales, no resisten á los mangajares sazonados, á las bebidas fermentadas ó espirituosas y á la impresión que causan las danzas peruanas. Bajo el imperio de estos diversos excitantes su fisonomía triste y resignada toma una expresion de alegría casi salvaje. Una fiesta celebrada en Lima; la de los Amancebas, el Longchamp de las gentes de color, puede hacer conocer esta especie de transformación.

Como el Longchamp francés, el lugar donde se reúnen tiene su

leyenda; allí murió un ermitaño en olor de santidad, y al principio se hacía una peregrinación á su tumba. En el día apenas se piensa en la ermita; y el pretexto písdoso de la reunion está reemplazado por un pretexto mas espíritoso todavia.

Hacia el San Juan, una estrordinaria abundancia de *harapas* (pallas) como el oro cubren casi de improviso las áridas montañas inmediatas á Lima, como si los tesoros de la tierra surgieran á la superficie. Esta flor, que llaman *amancebas*, es la que ha dado el nombre á la fiesta. La multitud se dirige á cojerla hacia un punto de la montaña donde crece en mas abundancia. Pero para llegar á ella es preciso atravesar una llanura cubierta de tiendas y ranchos donde se percibe, mezclado con el agradable concierto de ollas y cacerolas, el sonido de guitarras y tambores. Cholos, sambos y negros se detienen en la llanura. Allí dan libre curso á sus robustos apetitos y se entregan á las coreografías mas estravagantes. Los negros sobre todo imitan los bailes graciosos y espasmodicos desordenados de sus *bamboulas* africanas. Mas tarde, la turbulenta cohorte se dispersa por las colinas para cojer el *amancebas*; despues toda esta poblacion embriagada por los escenas del día, monta á caballo colocándose las mujeres del mismo modo que los hombres; y uno de los espectadores mas curiosos que se pueden ver en Lima es el que posea la alameda vieja con la vuelta de estos peregrinos luchando con proezas alpinas. Se hacen coronas de los *amancebas* que se ponen en los sombreros, y la bulliciosa cohorte que parece que trae la fibra de la primavera, desfilá por la alameda con el canto y la risa en los labios, entre dos hileras de curiosos reunidos para presenciar su vuelta.

TEATRO DE CANDAMO.

Siguiendo en lo posible el orden cronológico del gran siglo de nuestra escena, tocamos hoy tratar del último de sus notables autores de segundo orden, en cuyas manos puede decirse que espiró propiamente con el siglo y con la austriaca dinastía el teatro español, la comedia de Lope y de Calderon. Hemos seguido paso á paso aquella admirable escena, ocupando nuestro estudio en sus mas dignos intérpretes, desde el gran Lope de Vega, hasta el discreto Solís; brillante pléyade de ingenios de primero y segundo orden, que supieron fundar y llevar á tan alto punto de esplendor nuestra literatura dramática, y á cuya sombra crecieron ó se formaron miles de ingenios apreciables, que si bien careciendo de las inmensas dotes de sus modelos, acertaron sin embargo á seguir honrosamente sus huellas á mayor ó menor distancia, y contribuyeron tambien á formar el inmenso repertorio, que sin duda alguna ostenta el teatro español sobre los primeros del mundo. — De estos ingenios que podríamos llamar de tercer orden, nos ocuparemos mas adelante; por hoy solo nos cumplé tratar, como decíamos arriba, del último de los distinguidos dramaturgos del siglo XVII, que embelleció aun nuestra escena patria en la palida corte del postero de los monarcas de la austriaca dinastía; reflexo, si se quiere, líbio y descolorido, de aquella esplendorosa corte del rey poeta; eco atortugado de la musa de Calderon en una época de dependencia en que, para servirnos de la expresion de Jovellanos, «parece que la Tullia española habia pasado el Rinco para inspirar al gran Moliere.»

D. FRANCISCO DE BANCAS CANDAMO, — que es el poeta de quien hoy debemos ocuparnos —, habia nacido en 20 de abril de 1692, de una familia ilustre, en el lugar de Sabugo, concejo de Grado, en el principado de Asturias; y concluida una brillante carrera en la universidad de Sevilla, muy luego se dió á conocer en la república literaria por la originalidad de su ingenio poético, y el aplauso que obtuvieron del público sus primeras producciones dramáticas, hasta que precedido de dicha fama, se fijó en la corte de Madrid, donde, muertos ya Calderon, Moreto, Mendoza y el mismo Solís y demás *poetas oficiales* de palacio, así como al monarca su gran protector, nadie podia disputar á CANDAMO aquel puesto distinguido; nadie tampoco podia competir con él en el favor de la pública opinion.

El rey D. Carlos II, que, en medio de su menguada condicion, y al través de sus pueriles escrúpulos, habia heredado de su padre alguna afición á la poesia y al teatro, tuvo momentos en que pretendió defender á este de las persecuciones de los teólogos y fanáticos que le habian reducido á tal estado de decadencia, que segun confesión del mismo CANDAMO no pudieron formarse tres compañías de comediantes para solemnizar las fiestas del matrimonio de Carlos con María Luisa de Orleans en 1699; y á no ser por el propio poeta que acertó á continuar nuestra escena con regular bello, no hubiera temporariamente prolongado en existencia mas allá de lo de su augusto protector.

Carlos el Hechizado, distinguiendo y patrocinando á BANCAS CAN-

RAMO, encargándole las obras dramáticas para representarse en sus reales palacios, y concediéndole una pensión anual de mil ducados sobre su bolsillo secreto, quiso imitar en él la liberalidad y grandeza con que su padre había favorecido y premiado á los grandes ingenios de su tiempo; y llegó á tal punto su interés y protección hacia CAXDAMO, que al paso que le honraba y favorecía, le suscitó involuntariamente mil émulos y envidiosos, que acibararon y aun acaso abreviaron su existencia. Resultados de aquellas enemistades fueron un encuentro desgraciado en que quedó CAXDAMO peligrosamente herido; si bien esta circunstancia dió motivo á demostraciones singulares hácia su persona por parte del público y del monarca; llegando este al estremo de enviar continuamente á sus médicos á informarse del estado de la salud del poeta, y mandar á tajar y enarenar el frente de su casa en la calle de Alcalá, para que el ruido de los carruajes no molestase al enfermo.

Sin embargo de tanto favor, y del que el público dispensaba á sus obras, fatigado CAXDAMO de aquella lucha encarnizada con sus émulos, renunció decididamente á las musas, solicitó y obtuvo un empleo en la administración de rentas reales de la villa de Cabra, pretesto honroso para dejar la corte.

Nombrado despues visitador general de Córdoba y Sevilla, y tesoroero de Málaga, con otros destinos y comisiones honoríficas, prestó en todos ellos distinguidos servicios, y á pesar de haber manejado inmensos caudales, se restituyó tan pobre á la corte, que fué necesario prestarle para comer el día de su arribo. Posteriormente sirvió otras administraciones en Ocaña, Coenca, Ubeda, hasta que en una de estas comisiones en 1704 pasó á la villa de Lezuza, donde en setiembre de 1709 fué acometido de una aguda enfermedad con sospechas de envenenamiento, falleciendo de sus resultados tan pobre, que fué preciso enterrarle de limosna en la capilla del Santo Cristo de aquella parroquia.

Las obras dramáticas de BANCÉS CAXDAMO no fueron impresas en colecion hasta despues de su muerte, en 1722, que salieron al público á costa de José Antonio Pimentel, mercader de libros en Madrid, y en dos partes ó tomos que comprenden veintuna comedias, autos y zarzuelas, con sus loas y entremeses correspondientes; no estando en ellas contenida la de *La inclinacion española*, y alguna otra que corre suelta con el nombre de CAXDAMO.

La mayor parte de aquellas piezas, como escritas para ser ejecutadas con suntuoso aparato ante el monarca y su corte, en el gran teatro del Buen Retiro, pertenecen por su argumento, por los personajes que en ellas intervienen, y por la entonacion del estilo, al género llamado heroico, que tan en moda habian puesto en la corte anterior los poetas oficiales de ella, y que siguió por tradicion, cuando no por gusto propio, el erudito y culto CAXDAMO.—Los títulos mismos de *El primer duelo del mundo*; *La piedra filosofal*; *El vengador de los Cielos* y *rapto de Elías*; *Orlando furioso*; *San Bernardo Abad*; *Las mesas de la fortuna*; *El gran químico del mundo*, y otros á este tenor, dan á conocer lo fantástico de aquellas creaciones, los seres espirituales, las entidades alegóricas, los personajes místicos y mitológicos en ellas representados. En cuanto al estilo que sirve á caracterizarlos, bastará decir que CAXDAMO dejó muy atrás por lo culto y alambicado de sus conceptos, por lo hiperbólico y enrevesado de su expresion, á todos los delirantes Gongoristas, que desde los principios del siglo venian tiranizando nuestra escena; y esto, no solo en aquellas composiciones de pura invencion y fantasia, sino hasta en aquellas comedias que tenian por objeto un argumento y personajes históricos, tales como la *Jarretiera de Inglaterra*; *El Sastre del Campillo*; *El Austria en Jerusalem*; *El esclavo en grillos de oro*; *Max vale el hombre que el nombre*; *Por su rey y por su dama*, y otras así, en todas las cuales se tropieza á cada paso con trozos tan sublimemente oscuros como el siguiente:

Desde el tocador la reina,
por los cristales que el aura
la invisible luz del viento
en diafanidades cuajan,
os vió venir por la posta
tan veloz que las tizadas
plumas, que ondeando los vientos
de volante espuma vaga
vuestra cabeza tremola,
su pié parece que calza.

U otros mil por este estilo que aqui pudiéramos trasladar. Pero á vueltas de tan ridicula gerigonza, autorizada únicamente por la impetuosa ley de la moda, el claro ingenio de CAXDAMO, revelándose tal vez contra aquel ominoso yugo, le hacia prorumpir en pensamientos tan elevados, en sentencias tan profundas y claramente expresadas como las siguientes:

. ¡Oh hermosura
en opuestas lides eres
dicha de quien te coñecia,
peligro de quien te tiene!

Déjame muger, ¿qué interés?
el bien que logré en tu empleo
¿quieres que de muy continuo
se introduzca á ser molesto?
Deja que de ser dichoso
descanse un poco el contentó,
y que conozca la dicha
el rato que no la tengo.

. Los bienes humanos
nunca lo son si se advierte
que llorando los pasados
é ignorando los presentes,
al perderlos, ya son males,
y al tenerlos no son bienes.

Los casos dificultosos
y con razon envidiados,
empiézanlos los osados,
y acábanlos los dichosos.

Pues con juicio desigual
hace que el nombre les den
de hazañas, si eslen bien,
y de locuras, si mal.

Todo bien se ha de perder;
con qué acá en lo natural,
el bien empieza á ser mal
desde que bien supo ser;
luego se pueda creer
todo bien aunque fingido,
porque despues de perdido
¿qué distancia se ha encontrado
entre haberlo imaginado
y entre haberlo poseido?
La diferencia á ser viene,
que, aunque el sentimiento inefina,
quien pierde lo que imagina,
no pierde en fin, lo que tiene:
luego el pensar mas conviene
que hay en mi felicidad
que el tenerla en realidad;
porque si mejor se mira
lo que duró la mentira
¿qué falta hizo la verdad?
Dijo un filósofo, en una
sentencia, porque os asombre,
que artífice cualquier hombre
era en sí de su fortuna;
mas segura no hay alguna
que aquella que sin lograr
quiere uno entre sí pensar;
pues si la llegó á creer,
sí él no la quiere perder
no se la pueden quitar.
Si yo, sin lograr gozoso,
vivo y feliz en mi estado,
¿quién podrá hacer desdichado
al que piensa que es dichoso?
Yo, pues, seré venturoso
en la empresa que ahora sigo
si engañarme á mí consigo.
¡Oh felicísimo error!
pues no hay fortuna mayor
que estar contentó conmigo.

En la comedia titulada *El Austria en Jerusalem*, se encuentra el chistoso cuento siguiente:

Un monje español á Egipto
encaminó su derrota:
súpole el soldan, llámole,
y díjole con voz bronca:
—«¿A qué habeis venido acá?»
y el padre con muy melosas
palabritas, devanadas
en una santa pachorra,
dijo—A decir la verdad,
y á morir por ella sola
predicándola—El entonces
le replicó con gran sorna:
—«Si por la verdad deseas
morir, mejor es que escojas,
peragrino, otro pais!
A España otra vez te torna,
y di la verdad en ella
á personas poderosas,
y verás como en tu patria
morir por la verdad logras;
que acá el decir las verdades
tan á pechos no se toma.»

Y no sólo esmaltaba frecuentemente CANDAMO sus composiciones con sentencias tan nobles, con tan felices agudezas, sino que aprovechando la circunstancia de escribir aquellas para ser representadas delante del monarca y de los cortesanos, solía escoger asuntos eminentes, presentar de gran relieve acciones heroicas de célebres personajes, y poner en su boca los mas brillantes razonamientos, las mas profundas máximas de moral y de política: léase en prueba de ello su magnífica y mas famosa comedia de *El esclavo en grillos de oro*, y la no menos bella titulada *Por su rey y por su dama*, con su simpático protagonista *Tello Paricarrero*; las de *El Austria en Jerusalem*; *El duelo contra su dama*, y *Mas vale el hombre que el nombre*, en que hace hablar al duque de Osuna en los términos siguientes:

Duque..... De vuestra dicha me alegro;
pero mirad que os encargo
que no rompáis el secreto
de ser yo el duque de Osuna.
D. LOPE..... ¿Cómo no? Pues encubierto
en Flandes habeis de estar?
Duque..... Si, D. Lope, que pretendo
merecer lo que nací,
si nací lo que merezco.
¿Qué me debo yo á mí mismo
de que fuesen mis abuelos
grandes señores, si yo
me estoy en el ocio haciendo
muy vano con sus memorias
gloria de triunfos ajenos,
y con honores pintados
en mi escudo me contento?
*Los que á heredar solo nacen
y no á vivir como aquellos
de quien nacieron, debían
morirse niños, supuesto
que no tienen en el mundo
cosa que hacer en naciendo;*
ó al menos, en heredando,
les es el vivir superfluo.
Aquel que nace de un grande
pudo nacer de un plebeyo;
luego si aquella fué dicha
sin haber mérito nuestro,
¿qué cosa es para estar vano
con sólo nacer? yo creo
que es justo que dé alegría,
mas no desvanecimiento,
*pues no es triunfo el nacer grand-
sino solo el saber serlo.*
Si fueron buenos mis padres,
téngalos Dios en el cielo,
que eso no me sirve á mí
mas que de carga, si advierto
que me dejan obligado
á ser tan bueno como ellos:

y si acaso no lo soy,
con lo que me desvaneces
me acuso á vista del mundo,
si en vida y presuncion nuestro
la obligación que no cumplo
al observar la que tengo.
El que desluce mas triunfos
es mas vil en mi concepto;
que el humilde que obra mal
ya tiene que perder menos.
Luego, el que en su obrar deshace
las glorias que le adquirieron
sus mayores, de ellas es
enemigo, no heredero;
y de ellas es, pues le acusan,
no poseedor, sino reo.

Por este estilo sabia aleccionar CANDAMO á la corte en las fiestas palacianas, ennobleciendo de este modo su delicada mision de poeta oficial que anteriormente habian ocupado con raro acierto y discrecion Calderon, Moreto, Mendoza y Solis, y sin tocar en el exceso de adulacion de Cubillo, Diamante, y otros poetas cortesanos de Felipe IV; si bien cediendo en la expresion ó en el estilo al torrente del mal gusto que así en las letras como en las artes habia invadido nuestra nacion en el estéril reinado del enfermizo Carlos II.

R. DE M. ROMANOS.

COMEDIAS

DE D. FRANCISCO BANCÉS CANDAMO.

Cuál es afecto mayor, lealtad, sangre, ó amor.
Austria (el) en Jerusalem.
Duelo (el) contra su dama.
Duelos de ingenio y fortuna.
Esclavo (el) en grillos de oro.
Español (el) mas amante, y desgraciado Macías.
Fieras de celo y amor.
Gran (el) quimico del mundo.
Inclinacion (la) española.
Jarretiera (la) de Inglaterra.
Mas vale el hombre que el nombre.
Mesas (las) de la fortuna.
Orlando furioso, ó Como se curan los celos.
Piedra (la) filosofal.
Por su rey y por su dama.
Primer (el) duelo del mundo.
Quién es quien premia el amor.
Restauracion (la) de Buda.
Sastre (el) del Campillo.
San Bernardo Abad.
Vengador (el) de los cielos, y rapto de Elias.
Virgen (la) de Guadalupe.

FRANCISCO PIZARRO Y CRISTOBAL COLON.

(Continuacion.)

La mirada de Francisco se encontró con la de un hombre de mediana estatura, que aunque llevaba espada, no vestia el traje de soldado: botas altas, capilla y toquilla sin pluma, eran las prendas principales que componian el suyo; pero su ancha y espaciada frente revelaba sus altos pensamientos, y su apacible rostro traducia la exquisita bondad de su alma.

—¿Cuál es tu pena, mozo? preguntó á nuestro jóven, al ver su rostro bañado en lágrimas.

Los que sufren siempre estan dispuestos á comunicar á otro sus pesares. Francisco, pues, no tardó en referir á aquel extraño, tanto su fuga del hogar paterno, como los desaires que acababa de recibir en el campamento.

—Escucha, le dijo su interlocutor luego que hubo concluido: ayer me hallaba yo en tu mismo caso, pues soy ese genovés de quien tanta mofa han hecho. Todavía oíre esdamar á mas de cuatro que se creen muy sabios: «Es un imbécil, un loco.» Pero al fin se han cumplido mis deseos, porque SS. MM. católicas me conceden dos buques; ¡dos buques! Gracias, Dios mio... ¡Los he deseado por tanto tiempo!

Y aquel hombre alzó las manos hácia el cielo con piadosa efusion.
—Ayer, prosiguió, no era mas que un triste aventurero rechazado

por todos: hoy soy Almirante del Océano. Pues bien; quiero que tú participes también de mi felicidad. Si no temes exponer tu vida conmigo en mares desconocidos, hablaré de llevaré en mi compañía, y pues el cielo me ha negado hijos, seré tu padre, Francisco.

El pastor no podía desechar la admiración que le causaban unas palabras ininteligibles para él.

—Nada respondes, le dijo Cristóbal Colón. ¿Tienes miedo de arrojarte los peligros que te propongo?

—Por mi parte, repuso el pastor al oír esto, os seguiré adonde queráis llevarme, amo mío.

—No me llames amo, sino amigo.

—Y Colón alargó la mano al joven, quien instintivamente la llevó a sus labios sin poder pronunciar una palabra.

Pocos instantes después, el gran navegante y el pastor de Estremadura dejaban el campamento y se dirigían al puerto de Palos.

Este pueblo tenía la obligación de mantener armadas dos caravelas

llegar a las Indias por una dirección más recta. Cristóbal Colón se había convencido de que la tierra es redonda, y conociendo que el rodeo por el África es demasiado largo y el viaje por el cabo de Buena Esperanza y el Océano Pacífico muy peligroso, había imaginado con fundamento que se podría llegar a las Indias en menos tiempo y más fácilmente por el Oeste. En vez de lo que buscaba encontró el Nuevo-Mundo; pero creyó que era el continente del Asia, y le dió el nombre, que todavía conserva en Inglaterra, de *Indias Occidentales*.

No nos detengamos en pintar la indecible admiración de nuestro pastor al verse en medio del Océano, entre el cielo y el mar, sin más horizonte que las olas, que se confundían á lo lejos con el azul del firmamento.

Ya le hemos visto soñar al ponerse el sol en las orillas del Almonte, no lejos de Trujillo; pero la realidad era en el Océano muy superior á todas las fantasías de la imaginación.

Cuando el tiempo está en calma, son largos los días en el golfo:



para guardar su costa, y con arreglo á las órdenes de Fernando y de Isabel, debían ponerse á la disposición de Cristóbal Colón. El genovés armó otro buque á sus expensas.

Noventa hombres reunidos con grandes esfuerzos completaban la tripulación de las tres caravelas, que llevaban provisiones para un año.

Las dos primeras, llamadas *La Niña* y *la Pinta*, iban mandadas por los dos hermanos *Marlín Alfonso* y *Vicente Pinzon*.

La tercera, cuyo nombre era *La Santa María*, estaba á las inmediatas órdenes del jefe de la expedición.

Después de mil dificultades y de inauditos obstáculos vencidos, el viernes 3 de agosto de 1492 zarpó Colón del puerto de Palos, llevando en su compañía á Francisco Pizarro.

IV.

EL DISCÍPULO DE COLÓN.

Ocho días después, la escuadrilla, que había hecho rumbo hacia Occidente, se hallaba á ciento cincuenta leguas de la isla del Hierro, y proseguía avanzando, no con el objeto de descubrir un nuevo mundo, como tan equivocadamente se ha repetido, sino con la esperanza de

Francisco empezó por admirar un espectáculo tan extraordinario para él, y cuya inmensidad ocultaba tantos secretos, y acabó por pensar en aquel hombre, que siempre tranquilo y siempre intrépido, les guiaba con tanta seguridad hácia tierras desconocidas: por lo mismo, admiraba también á Cristóbal Colón, á quien debía ya todo su reconocimiento.

Admirábase al verle calcular y disponer el rumbo del buque, instruir de él al piloto, observar el sol durante el día y los demás astros durante la noche, y al mismo tiempo se cubría su corazón de tristeza al pensar en su propia ignorancia.

Cierta día en que los marineros dormían sobre cubierta, se hallaba Francisco en pie al lado de su protector,

—¿Por qué no duermes como tus compañeros? le preguntó este.

—No tengo sueño, contestó Francisco; os estoy mirando.

—Me miras, replicó Colón afectuosamente, pero no comprendes.

—No... no comprendo... es verdad.

—¿Y quisieras comprender?

—¿Si quisiera!... ¡Oh! Daria...

—¿Qué darías?

—Nada poseo, pero creo que sería capaz de todo por llegar á comprenderos y ayudaros en vuestros trabajos.

—Podrás hacerlo sin condiciones. ¿Sabes leer?

—No, murmuró tristemente Francisco.

—Vamos; eso quiere decir que serás discípulo mío en todas las matemáticas; empezamos ahora mismo tu instrucción.

Si Cristóbal Colón no era un profesor ordinario, preciso es convenir en que tampoco el joven Pizarro era un discípulo vulgar.

Sus progresos en lectura y escritura fueron rápidos; pero Colón no se limitaba á esto: enseñaba á su discípulo á determinar, por la altura del sol sobre el horizonte á las doce del día, la distancia á que se hallaban del polo, y á rectificar por la noche los cálculos del día por el ángulo que formaba, con la línea horizontal, la mirada dirigida hacia la estrella polar. Si al tiempo se cubría impidiendo la observación por los astros, le demostraba que el navegante puede gobernarse sin su auxilio con la brújula, cuya aguja locada al imán, se dirige siempre al norte, aunque con cierta declinación conocida.

Explicábase después cómo había averiguado la redondez de la tierra, por medio de la sombra que proyecta en la luna, en los eclipsos de este satélite, y por la observación de un buque al salir del puerto; en efecto, al ver que lo primero que desaparece es el casco, después las velas mayores, luego los juanetes y por último los extremos de los mástiles, que á causa de su espesor grueso debieran perderse antes de vista, dedujo que la tierra era redonda, que dirigiéndose al este ó al oeste, se podría llegar al mismo punto. Esto era lo que debía demostrar el viaje que había emprendido.

Francisco escuchó con tanta avidez estas explicaciones y las comprendió tan bien, que no tardó en abrigar las convicciones del sabio navegante, á quien sirvió de gran recurso, pues hizo comprender á muchos de la tripulación, cuyo desaliento y desconfianza eran visibles, los cálculos de Colón, el fundamento de sus esperanzas y el éxito próximo é indudable de sus proyectos.

Sus discursos claros y precisos convencieron á aquellas inteligencias groseras, y les obligaron á tener paciencia por algún tiempo. Ya llevaban ocho semanas de navegación, y no habían divisado más tierra que las islas Canarias: la tripulación empezó á temer, y el temor acompañaron las murmuraciones.

Tan tranquilo Francisco como su jefe tocante al resultado del viaje, comenzaba sin embargo á inquietarse por las quejas de la gente y por la mala disposición de esta respecto á Colón.

No se inquietaba sin motivo.

Era la noche del primero de octubre, y el genovés dormía no lejos del timón; pero el recelo tenía abiertos los ojos de Francisco, quien divisó de pronto muchas sombras que se reunían junto al palo mayor: deslízase entre ellas, y sus sospechas, hasta entonces no muy seguras, se convirtieron en una terrible certeza.

Los marineros delibéranse.

—Es un visionario, decía uno; un aventurero genovés.

—Un loco, añadía otro.

—Nada de eso; ha hecho pacto con el diablo y nos lleva al infierno.

Cada cual justificaba su opinión y razones á su modo, para probar á los demás que no debían obedecer por mas tiempo á un hombre que no sabía de cierto á dónde se dirigía; á un extranjero, á quien nadie conocía, á un poseído del demonio.

Conviniéronse unánimemente en desembarcarse de él; pero más sola circunstancia cóntaba á los conspiradores: la cuenta que tendrían que dar, al llegar á España, de la muerte de su jefe. Uno de los marineros más decididos por el mal obvió el inconveniente, proponiendo que declarasen en España que el almirante había caído al mar hallándose observado, y que había sido imposible salvarle.

Dispuestos á ejecutar su criminal intento, se dirigieron los marineros hacia popa, donde descansaba el jefe; pero Francisco se les había adelantado para despertar á Colón, á quien dijo:

—Vedad ahí; ya llegan.

—¿Quién, hijo mío? le respondió el genovés.

—Los marineros, la tripulación entera; quieren mataros, arrojáros al mar y volver á España.

—Sin duda te equivocas, hijo mío, ¿asesinarme durante el sueño!

—Oid... ó mas bien, mirad; ya se acercan.

Los conjurados avanzaban en efecto, y Colón no podía ya dudar de sus intenciones. Perdieron no obstante la serenidad al ver á su jefe en pie, y esto le dio tiempo para dirigírle algunas palabras: sus razones conmovieron á aquellos hombres, que en el fondo no eran criminales ni asesinos, pues el miedo les impulsaba á cometer un delito. Sin embargo, este miedo había tomado tan grandes proporciones, que se negaron á entrar completamente en su deber.

Cristóbal Colón se vió en el caso de ofrecer condiciones á los mismos que le debían obedecer ciegamente, y fueron aceptadas. La escuadrilla proseguiría navegando por el rumbo que seguía durante tres días, y si al cabo de este tiempo no se descubría tierra, el almirante entregaría su vida y las caravelas á merced de las tripulaciones.

Concluida esta pacto se retiraron los marineros, y se restableció la tranquilidad á bordo de la Santa María.

—¿Y qué! dijo Francisco á Colón. Si dentro de tres días nada encontramos; tendremos que volver atrás?

—Sostégate, hijo mío, le contestó el sabio matemático; ya encontraremos en ese plazo lo que todos queremos. No me ha concedido la mano de Dios hasta la altura en que nos hallamos, para hacernos retroceder sin haber descubierto lo que tanto anhelo.

Y el almirante, como si no se hubiese de ver amenazado su vida por los puñales de la tripulación, se entregó de nuevo á un sueño apacible y sereno.

(Continuará.)

ALMA POR ALMA.

CUESTO.

Era Enrique un pobre artesano, de gallardo cuerpo y sinu pujante. Su inteligencia vigorosamente desarrollada, mas que por el estudio por las fuerzas naturales de su genio, le subleanta muy alto sobre la raza comun de los hombres; era un águila prisionada por las redes de esa sociedad que no permite fácilmente volar al que mejores alas desplega, si la fortuna no le ha colocado en alguna cima desde donde pueda, mas ó menos torpe, tender el vuelo. Enrique sufrió una larga serie de amargos desengaños: una por una fueron cayendo todas sus ilusiones de gloria, como las hojas agostadas, que el menor vientecillo desprende del árbol que adornaban. Entonces se despidió con tristeza de aquellos sueños lisonjeros que apenas cruzaron por su alma, y replegó toda la energía que Dios le habia inspirado en los sentimientos del corazon, en los afectos de familia. Su vida asemejaba una especie de delirio; y allá en el fondo de su taller, en medio de su esposa y de sus hijos, en aquel recinto santificado por el amor y por el trabajo, pudiera creerse que se albergaba la felicidad, si el alma de Enrique, templada para la tristeza, no hubiera sentido vagos y dolorosos presagios, comparables en lo moral á los sacudimientos nerviosos en la fisico. Poco tiempo tardaron en cumplirse; la muerte fué llevada á la esposa y á los hijos, sin que de estos quedase mas que uno, retrato vivo de la suave belleza de su madre y del alma melancólica del padre. ¡Cuántos dolores tuvo que soportar! Todos sus afectos, fuertes y arrolladores, habian ido concentrándose en un punto; de la gloria á la familia, de uno á otro individuo de ella, gota á gota por decirlo así, fué cayendo en aquel niño el amor que embamecía su corazon. Nosotros que vivimos sumergidos en este mundo disipador, que volátiles mariposas nos contentamos con gustarlo todo sin profundizar en nada, no sabremos apreciar una existencia dominada exclusivamente por el hlandó, intimo y acendrado cariño paternal.

Pero aun aquella débil antorcha de felicidad iba á apagarse; el niño tendido en su lecho, fijando en el cielo los negros y brillantes ojos, parecia que iba á recogerse en el nido que allí le estaba reservado. ¡Era el último pasador que cabía en el corazon del pobre Enrique! Trémulo, congestionado, arrodillado á orillas de aquella cuna que empezaba ya á engolfarse en el piélago de la eternidad, entre sus manos las manos del niño que ahucaba con sus lágrimas, sentía las penas mas crueles, porque tenía su amor la ternura de una madre y la intensidad de las pasiones de un hombre. — ¡Oh! exclamaba, — ¡con que va á romperse el último vínculo que me sustentaba en este mar borrascoso; ya ¡estinguirse el último vistumbre de mi dicha! ¡Dios mío! véale yo salvo, y perezca luego; mi vida ofrezco por su vida, mi alma por su alma; y al hablar así, se apretaba convulsivamente la cabeza, y las lágrimas que no corrían de los ojos, manaban del corazon. De improvise escuchó á su espalda cierto rumor parecido al de un ave que agitase las alas, y se ofreció á su vista un hombre de elevada estatura, en cuyo rostro cóndeno se dejaba traslucir algo siniestro. — Veugo, le dijo, á llenar tus deseos; á costa de tu vida y de tu alma, quieres rescatar la de tu hijo, sea así; á fuer de generoso te concedo un año para que le veas crecer fuerte y lozano; ratifica tu oferta, y la muerte abandona su presa en el momento: Enrique quedó estupefacto, mirando con ojos desencajados á su extraño interlocutor. — Decide sin tardanza, continuó este; el tiempo vuela; mira, el velo de la muerte está ya tendido sobre la pupila de tu hijo. Enrique entonces se inclinó gimiendo junto aquel rostro moribundo. — Tres polizas como quedan solo á su vida; ¡afirmas tu pacto?... Escucha. — El pobre padre prestó atención con una indefinible aguija; semejante al sonido del molle de un reloj, percibió un latido... luego otro... y acaso iba á sonar el tercero, cuando con un arráñque frenético se volvió á su sobrenatural compañero y le dijo... — Si.

Sonríase éste, apretóle la mano, y desapareció.

Quedó entonces Enrique como si despertase de una profunda pesadilla; vaciló algunos instantes sin poder dominar su aturdimiento. Y por último se arrojó al lecho de su hijo exclamando — ¡Será esto un sueño!... ¡Pero qué sorpresa la suya! En vez de aquel rostro livido y

cadavérico que antes le desgarraba las entrañas, halló las megillas frescas, la boca sonrosada, los ojos llenos de vida del niño que le tendía los brazos balbuciendo esas palabras que llenan de gozo el corazón de un padre.

¿Qué misterio se había verificado en aquellos momentos? Enrique no quiso, no pudo pensar en ello; su felicidad le embargaba de todo punto.

El destino de su vida se cumplía; era un sacrificio de amor. . . .

Volaron después los días, corrieron uno tras de otro los meses, sin que en ellos pudiera recordar claramente lo que había pasado en la enfermedad de su hijo, que se ofrecía á su memoria como los sueños de un delirante. Al cumplirse el año presentaba su casa un cuadro lastimoso; Enrique yacía espirando en su lecho con los ojos casi helados fijos en el niño, cuya infantil sonrisa hacía un extraño efecto en aquella lúgubre escena; algunos pobres compañeros del moribundo estaban sentados á los pies del lecho como las llorosas estatuas de un sepulcro, y á los lados de la cabecera se veían dos sujetos desconocidos que observaban el rostro de Enrique con muestras, el uno de un celestial afecto, y el otro de maléfico gozo. A poco rato se estremeció, tendió las manos sobre la cabeza de su hijo, y todos los circustantes se pusieron en pie. Entonces el pulso del enfermo retumbó como una campana cascada; sonó por segunda vez; los desconocidos salieron lentamente del cuarto, y al trasponer la puerta repitióse de nuevo aquel sonido; Enrique dejó de existir. La función terrenal había acabado. . . .

El espíritu de aquel hombre que había errado por causa de la misma fuerza que en él hervía, compareció á oír la sentencia del Juez Supremo; dos seres superiores le acompañaban; uno era su ángel tutelar, otro era su enemigo.—Señor (exclamó este), olvidó vuestro poder, blasfemó de vuestra providencia.—Señor, replicó el ángel, su vida fué una vida de amor y de lágrimas, y vos habeis dicho: bienaventurados los que lloran! El Criador dijo en seguida:—Tu caridad y tu llanto te salvan; espíritu que tanto has padecido, ¿por qué te rebelaste contra las leyes de la Providencia? ¿sabes el funesto don que has alcanzado para ese niño condenado por tí á beber las amargas aguas de la vida? Marcha, aun te resta una espacion; vuelve al mundo de que has salido; como una sombra seguirás al que fué tu hijo, contarás sus dolores, paladearás la hiel que ha de mojar sus labios, y cuando con esta prueba esteis purificados, volad á mí que yo os daré consuelo!!! El fallo se cumplió al momento; los ángeles ensalzaron al que premia las lágrimas con la felicidad, y el espíritu de Enrique tornó á la tierra de que había partido, comprendiendo en medio de su espacion cuánto se engaña el hombre que contra los decretos de la Providencia se rebela. El mundo nada supo de este misterioso drama, porque no le hacen mella ni aprecia los dolores ni las virtudes humildes.

A. GIL SANZ.

PARA EL ALBUM DE UNA SEÑORITA.

EL AMOR VESTIDO A LA MODA

ROMANCE.

Si niña de quince abríes
(vayan seis ó siete mas)
pintase al amor, cual ella
se figura que será,
de cierto no la pintara
niño de menor edad,
ni ceguezuelo, ni alado,
ni le diera arco y cavcax,
ni vestido cual se usaba
en tiempo del padre Adán,
que esas son de los poetas
necedades nada mas.
Los niños, en el hospicio
ó en la escuela bien se están;
¿pero qué muger de forma
se enamora de un rapaz?
Si está desnudo, que vaya
á que lo vista mamá;
si ciego, venda el diario
ó la lista general;
y si ave, ¿quién quiere amante
tan espuesto á pelear?

Váyase quien tal pintó
con quince diablos y mas,
que yo con mejor acuerdo
aquí lo he de retratar.

El amor, para una niña,
ha de ser mozo galán,
con sus botas de charol,
corbata de seda y frac,
lustroso y rizo el cabello,
guante que oprima el pulgar,
bigote en forma de lezna
y para piramidal;
que salude á la otomana,
que galope bien un wals
y que en polkas y en mazurkas
sude como un ganapan;
que use gemelos de á terciá,
no tanto para él mirar
como porque alguna note
que mira al palco en que está;
que guíe al balcón de día,
que en el frontero portal
las noches vele, pensando
si su hermosa ronca ya;
que en epístolas románticas
declare su dulce afán,
y á la ventana las tire
aunque rompa algun cristal;
que cual perro de su dama
la siga do quier que va,
y se ponga colorado
si la encuentra faz á faz.
Con esto, y con aire tímido,
y con lánguido mirar,
caten al amor varón,
como se usa en esta edad.

Y vos, dueña de este Album,
si amigas tenéis, mostrad
á sus ojos tal pintura,
que entre ellas de cierto habrá
más de dos que reconozcan
del cuadro el original.
Empero tambien decidles
que acaso un sombrero elac
cubre insulsa calabaza,
ó algo mas malo quizá,
y que hay almas muy de cántaro
en corteza linda asaz.

Jóven sois como sois bella;
si tal vez hallasteis ya
al que os pinto, no os fascine
la vana esterioridad.

Concluyo perdon pidiendo
de esta lección de moral
á vuestra amable indulgencia;
pues ambos estamos ya,
vos en la edad del amor,
yo en la edad de aconsejar.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

ROMANCE.

Cortando del mar las ondas
iba una nave turquesca,
llenos de esclavos los bancos
y henchidas de aire las velas.
Blancas espumas agitan
los remos en torno de ella,
que cual la humana esperanza
nacen, crecen y se quiebran.
De un triste español, cautivo
el cuerpo va en la galera,
que el alma quedó en el pecho
de una dama de Valencia.
Pasa el cristiano las horas
alzando sentidas quejas;

que lleva el viento á la playa
donde su amada le espera.
Él, de continuo preguntá,
á las olas por su prenda,
y ella á las olas también
pide de su amado nuevas.
Él, al mirar una costa,
Juzga que á su patria llega,
y ella, al mirar un navío,
cree que el cautivo se acerca;
y al ver burlado su afán
y su esperanza deshecha,
con un torrente de lágrimas
las aguas del mar aumentan;
y él lanza un triste suspiro
y un suspiro exhala ella,
que al perderse en el espacio
en su camino se encuentran.
Y de este modo los dos
pasan su amarga existencia,
ella en cadenas de amores
y él en bárbaras cadenas.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

EPITAFIO.

EN LA SEPULTURA DE LA JOVEN....

Pura, inocente y buena,
pasó en su edad lozana
como blanca azucena
en su primer mañana.

¡Ay, marchitada olea!
¡ay, ya muñitos verdosa!
¿por qué ha de ser tan breve
la vida de las flores?

ZE4.

Nuestro distinguido amigo el señor D. Manuel Breton de los Herberos nos dirigió el lunes último el comunicado que insertamos á continuación. Aparte de la composición del señor Gallego que publicamos en el número anterior, habíamos llegado á reunir mas de 20, que de seguro son debidas al insigne poeta cuya pérdida lloran los amantes de nuestras letras; pero habiéndonos manifestado el señor Breton que la Academia española tiene acordado imprimir una colección completa de todos los escritos de D. Juan Nicasio Gallego, prescindiendo nosotros de los títulos en que podíamos apoyar nuestra pretension de dar á conocer en el SEMANARIO varias de aquellas admirables poesías, sin atacar en lo mas mínimo derecho alguno de propiedad, hemos renunciado á la publicacion de ellas, y le hemos ofrecido entregar á la Academia copias de todas las que poseemos, desearos de que puedan contribuir en algo á la colección proyectada, para honrar la memoria de aquella inmortal lambrera del Parnaso español.

Señor Director del SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

Muy señor mio: El ameno periódico que V. con tanta aceptación dirige, incluyó en el número de ayer dos poesías inéditas, y al pié de cada una se lee el ilustre nombre del señor D. Juan Nicasio Gallego (Q. E. E. G.). Como testamentario y como amigo íntimo del difunto, me veo obligado á hacer á V. algunas observaciones sobre el particular. Prescindiendo de que las obras, inéditas ó no, de aquel insigne poeta, no han pasado todavía al dominio del público, pues considero que publicar alguna ligera muestra de ellas es contribuir á la gloria del autor sin alentar á la propiedad; pero debo advertir á V., que la primera de dichas composiciones, el soneto á *Rudetski*, no es del ingenio á quien el SEMANARIO, mal informado, le atribuye. Así me consta, como á muchos en Madrid, y aunque el soneto es de un mérito indisputable para haber sido improvisado y con raras torzadas, circunstancia omitida en el SEMANARIO, bien conocerá V. que no puedo dispensarme de hacer esta rectificación, y de rogarle que se sirva insertarla en el próximo número del periódico referido. Queda de usted el más seguro servidor y amigo Q. B. S. M.

MANUEL BRETON DE LOS HERBEROS.

Juan de Sirez, predicador de Tolosa en el siglo XVI, viendo lleno el hospital de enfermos y siendo imposible atenderlos á todos con esmero, dijo un dia predicando que habia sabido que los habitantes de Tolosa deseaban hacer un viaje, y que sabia tambien por haber viajado mucho que era preciso tener primero un buen caballo, cuidarle mucho, ver si comia bien, y si le hacia madurar la silla cascabelas; porque si no, era fútil que dejara al viajero en medio del camino. Que los tolosanos deseaban hacer el viaje al Paraíso, y que por esa razon los habia llamado al hospital para darlos á cada uno un buen caballo para subir al cielo; que les prometia en nombre de Dios que si recogian cada uno á un pobre, le cuidaban con esmero, y procuraban su curacion, que les proporcionaria el llegar felizmente al Paraíso. Estas palabras produjeron tal efecto, que cada habitante de Tolosa pidió su pobre, y en pocos dias se vieron todos sanados.

Felipe el Bueno, duque de Borgoña, paseándose una noche por la ciudad de Brujas, halló en la plaza pública á un hombre tendido en el suelo y durmiendo profundamente: conoció que era un borracho, y así mandó que lo levantasen, le llevasen á su palacio, le quitasen sus andrajos, le pudiesen una camisa fina, y le metiesen en una magnífica cama. Todo se hizo así, sin que el borracho despertase hasta el otro dia muy tarde: quedóse entonces admirado de verse en un magnífico salon, rodeado de criados ricamente vestidos, y que le preguntaban qué vestido queria su alteza ponerse aquel dia. Acabóse de aturdir con esto, y comenzó á decir que él no era príncipe, ni cosa que le valiese, sino un pobre zapatero; pero viendo que no hacían caso, tomó el partido de callar y de seguir haciendo el príncipe, pues que no le iba mal. Dejóse vestir, presentóse en público, y recibió los honores de soberano. Sirviéronle luego una comida magnífica, hubo juego, pasto y mil diversiones; luego cena y baile; y como aquel buen hombre no estaba acostumbrado á tales regalos, quedó aun más borracho que antes, y mas dormido. Entonces le volvieron á poner sus andrajos y á llevarle al paraje donde estaba. Allí pasó toda la noche bien dormido y no se despertó hasta la mañana, que creyó que cuanto le habia pasado era sueño, y así se lo contó á su muger. Esta historietta ha dado motivo á una comedia italiana intitulada: *Arlequin siempre arlequin*.

El año de 1765, un inglés llamado Guillermo Orrebow fué sentenciado á muerte con otros quince culpados. El dia antes de la ejecucion de la sentencia tuvo gana de ver á su muger y despedirse de ella. Como tenia dinero, mandó traer vino y convidó al carcelero á beber. Cuando le vió ya achispado, le espió su intento pidiéndole permiso de salir por unas dos horas, obligándose con los mas fuertes juramentos á volver al instante. El carcelero, á quien el vino impedía hacer serias reflexiones, agradecido al que tan bien le habia regalado, se fió en él y le dió libertad. Orrebow fué volando á casa de su esposa, la que se sorprendió mucho de verle, y le aconsejó que se aprovechase de la ocasion para escapar; pero él le recordó su palabra, y dijo que no faltaria á ella, y que lo único que haria seria pasar allí la noche. Luego que se le hubo disipado el vino un poco al carcelero, viendo que no venia su preso, consideró lo que habia hecho, y se puso á temblar. Llegó la hora del suplicio, vienen los carros donde debian ir los reos, y como no hubiese mas de quince, debiendo ser diez y seis, cargaron con el carcelero, y ya se lo llevaban camino de la horca. Orrebow se habia quedado dormido enal si nada le hubiera de suceder. Despierta en fin, ve que es tarde, y echa á correr hácia la cárcel, donde ya no encontró á nadie: entonces corre aun mas para llegar á tiempo á la horca: en el camino encontró los carros, acoróse á ellos casi sin aliento, y dirigiéndose al carcelero le dijo: —Boja de ahí, que bastante tiempo has estado en mi lugar, y con harta pena su duda; si no hubierais tenido tanta prisa de marchar, ni tú hubieras tenido el sentimiento de venir hasta aquí, ni yo me hubiera cansado tanto en correr para alcanzarte. — Diciendo esto sube al carro, se sienta, toma aliento, dá gracias al carcelero, y se queja ágrinamente de que le hayan creído capaz de faltar á su palabra. Por grande que fuese su delito, tan heroica buena fe merecia perdon.

Pasando un aldeano por una calle de una ciudad, en que habia muchas tiendas y pocas mercaderías, se le entojó entrar en la que estaba mas vacía, y preguntar qué se vendia allí. El mercader, queriéndose burlar de él, le dijo: —Aquí se venden cabezas de asnos. — En verdad que teneis muy buena venta, contestó el aldeano, pues no queda mas que una en la tienda.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de La Ilustracion, á cargo de A. Camba.